

La Ecología Social en la Educación General Universitaria

Prof. Ramón Rosario, Ph.D.

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

La actual crisis ecológica es probablemente el principal problema de la especie humana. Esta crisis es resultado del crecimiento del sistema capitalista a escala mundial y de la epistemología simplificadora y dicotomizante que le es inmanente. Resolver este problema sistémico requiere una epistemología diferente a la que engendró dicha cuestión. La educación universitaria organizada en disciplinas, productora de especialistas, es incapaz de dar respuestas a este problema. Pero la Educación General universitaria tiene posibilidades privilegiadas para promover el entendimiento profundo de esta cuestión crucial, pues es morfogenéticamente transdisciplinaria. En esta reflexión examinaremos cómo el curso Introducción a las Ciencias Sociales pudiera convertirse un curso de ecología social a partir de la epistemología de complejidad necesaria para enfrentarnos a la relación humano-naturaleza.

Podemos resumir cómo el modo de producción capitalista va devastando el ecosistema a nivel planetario planteando dos ideas. (1) La tendencia al crecimiento que le es inherente al capitalismo tiene como consecuencia la aniquilación del hábitat necesario para el ser humano, pues conlleva extinción de especies y agotamiento de “recursos naturales”. (2) La producción y el consumo capitalista genera una gigantesca cantidad de sub-productos que el ecosistema es incapaz de acarrear (reintegrar). De este modo, el capitalismo daña el ecosistema que el humano necesita para vivir: agotando los factores necesarios y añadiendo toxicidad.

Gregory Bateson conceptualiza los supuestos de la cultura industrial a partir de una teorización de sistemas complejos. Combinando esa propuesta con algunos conceptos provistos por el materialismo histórico, podemos exponer las siguientes ideas sobre la relación humano-naturaleza en el capitalismo.

(1) Escisión cultura/naturaleza. El orden social burgués industrial parte de la falsa premisa de que el humano no es naturaleza. Esta formación social construye una cultura que opera desconociendo que ella es un sistema complejo cuya existencia requiere una intensa interacción con su entorno natural. Este sistema social desconoce que el humano, su actividad y los productos de esta, son naturaleza transformada.

(2) “Podemos tener control unilateral sobre la naturaleza y debemos tener ese control”. A partir de la pretendida escisión expuesta en el punto anterior, la cultura industrial asume un tecnocentrismo-tecnocratismo desde el cual intenta dominar a la naturaleza. Pero no vemos que las incrementadas capacidades de acción posibilitadas por las máquinas (sucesivamente intensificadas con las energías de vapor, de combustión interna, eléctrica y nuclear) intensifican la arrogancia: nos creemos capaces de dominar a la naturaleza. Al creer que “la tecnología resolverá los problemas” no vemos que este desarrollo de capacidades productivas es también un acrecentamiento en capacidades destructivas.

(3) “Es el individuo (o la empresa individual, o la nación individual) lo que importa”. Para entender este individualismo podemos complementar el pensamiento sistémico-complejo de Bateson con el materialismo histórico y plantear que ese individualismo es la forma subjetiva de la propiedad privada-individual de los medios de producción; estas relaciones sociales de propiedad son inevitablemente agresivas, pues en ellas los propietarios capitalistas explotan el trabajo de los no-propietarios proletarios, a la vez que se despliega competencia entre proletarios por puestos de trabajo, entre capitalistas por espacio en el mercado nacional y entre estados capitalistas por recursos naturales y espacio en el mercado mundial; a la vez, este sistema social establece una relación de agresión con el medio ambiente, pues la sed de ganancia que lleva a explotar a los trabajadores también lleva a explotar a la naturaleza; la propiedad privada-individual es la base de una cultura de agresión.

(4) “El determinismo económico es sentido común”: el materialismo histórico postula que “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general”. (Marx) En particular, el desarrollo capitalista supone y propulsa la relación social mercancía (Mandel). Gnoseológicamente, esta mercantilización de las relaciones sociales engendra la reificación: el predominio de lo

abstracto cuantitativo del valor de cambio por sobre lo concreto cualitativo del valor de uso (Goldmann). El sometimiento del valor de uso al valor de cambio simultáneamente, subordina y oculta el trabajo que crea esa objetualidad y de la naturaleza que la constituye (Marx). En la medida en que la expansión del capital generaliza esta matematización del mundo, los sujetos van ontologizando la matemática (Rosario). Aparece como sentido común el producir cada vez más valor-mercancías, pues se identifica al consumo de estas con felicidad.

(5) “Vivimos dentro de una frontera en infinita expansión”: esto es la fantasía burguesa de crecimiento infinito. Dada la identificación matemática-naturaleza, es posible pensar en crecimiento económico infinito, lo que es el saber propio del poder capitalista, que considera deseable, e intenta alcanzar, dicho crecimiento (Bateson, Wilden). Debido a que las cantidades abstractas de valor de cambio pueden ser numéricamente infinitas, el sujeto del capital imagina crecimiento económico infinito y olvida que el ecosistema es un contexto material cuyos elementos son finitos y cuyas relaciones son delicadas e irreversibles.

En síntesis, la insostenibilidad ecológica de este régimen tecno-económico puede resumirse desde resumen desde la Cibernética de Segundo Orden: a mayor neguentropía social, mayor entropía ecosistémica, debido a que el subsistema social depende materialmente del metasistema dentro del cual existe; o, hay una relación directamente proporcional entre tecnocentrismo y devastación medioambiental; o, la hipertrofia tecno-económica del capitalismo engendra crisis ecosistémica; o, “la criatura que le gane a su ambiente se destruye a sí misma” (Bateson).

La educación universitaria basada en disciplinas no puede manejar la complejidad del fenómeno ecosistémico debido a su concepción fragmentaria del conocimiento. Al basarse en un paradigma simplificador, y en sus premisas de escisión o atomismo, forma profesionales que conocen su especialidad, pero no captan los procesos generales ni las conexiones entre las múltiples dimensiones de la materialidad. Esto es el resultado de organizar el conocimiento a partir de las premisas de separar y reducir, propias del paradigma de simplicidad. En la medida en que la estrategia de producción de conocimiento asuma que desunir es preferible y suficiente para conocer, esta escindiré los fenómenos en disciplinas (economía, política, psicología, sociología... separadas entre

sí), e incluso, cuando las agrupa, lo hace como si fueran sistemas inconexos (ciencias naturales, ciencias sociales) separados entre sí.

Sin embargo, la transdisciplinariedad propia de la Educación General le permite simultáneamente, colaborar con la producción de conocimiento integral y con la conformación de ciudadanos con visión amplia. El paradigma de la complejidad asume premisas como el carácter sistémico-relacional de los objetos de estudio, la historicidad de los fenómenos y la constructividad del conocimiento de los objetos de estudio. Lo anterior permite comprender las conexiones entre las múltiples dimensiones de la materialidad, de modo que puede ensayarse una ruptura epistemológica que integre dos tipos de escisiones propias de la organización fragmentaria del conocimiento. Una de estas escisiones es la organización de las Ciencias Sociales en disciplinas inconexas; la otra es la división entre Facultades de Ciencias Naturales y Ciencias Sociales. La superación transdisciplinaria de esta última dicotomía es imprescindible para desarrollar el conocimiento necesario para comprender nuestra actual crisis ecosistémica, pues nuestra problemática relación con nuestro entorno tiene dimensiones físicas (térmicas, energéticas...), químicas (elementos y compuestos contaminantes producidos por la industria), es un proceso marcadamente biológico (organismos, ciclo de nutrientes, biodiversidad, biomasa...), socio-antropológicas (el sistema socio-cultural interactúa intensamente con el ecosistema del cual forma parte...), económicas (esta crisis es fundamentalmente un resultado de la dinámica del sistema capitalista), políticas (la clase capitalista ha ejercido poder para imponer sus intereses, las clases subalternas van organizándose para implantar propuestas alternativas...), psicológicas (todos los anteriores procesos sociales, tanto en su dimensión de problema como en su dimensión de propuestas alternativas, han sido realizadas por sujetos a partir de ideas) e históricas (todas las dimensiones recién mencionadas se transforman en el tiempo). Sin embargo, no definimos transdisciplinariedad como la suma de los conocimientos provistos por las disciplinas; aspiramos al desarrollo de un saber que asuma como irrelevantes a las fronteras disciplinarias y que construya conocimiento adecuado a la multidimensionalidad del fenómeno estudiado.

Esta transdisciplinariedad ha sido asumida parcialmente en los cursos Introductorios de las Ciencias Sociales en la Universidad de Puerto Rico, pues este curso

integra aportaciones de la antropología, la sociología, la economía, la política, la historia, la geografía y la psicología; pero a la vez deja incuestionadas las fronteras entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Dicha frontera disciplinaria es insostenible ante el carácter multidimensional del actual problema ecológico.

Proponer una transformación del curso Introducción a las Ciencias Sociales supone una reflexión en torno a la historia de este curso. Inicialmente este curso versaba sobre los conceptos de libertad y modernización; estas categorías aparecían como cruciales para el sujeto del proceso histórico de la modernización-industrialización dirigida por el PPD en Puerto Rico durante la década de los años cuarenta y cincuenta, la que fue realizada desde una perspectiva liberal-reformista. Con el agotamiento de este modelo de crecimiento y la crisis económica surgida en la década de los años setenta, y con las intensas luchas sociales y políticas suscitadas a partir de la crisis económica, surgió una variante del curso que concentró sus temas en torno a la desigualdad socioeconómica y que dirigió su mirada a Latinoamérica. La crisis de las izquierdas llevó a que, durante la década de los años ochenta, varios docentes reflexionaran sobre las bases a partir de las cuales se construye el conocimiento y a desarrollar una variante que indaga sobre los fundamentos del proceso de edificación del saber en las ciencias humanas. Durante los años noventa se desarrolló una variante que concentró su estudio en la historicidad humana, específicamente sobre el proceso de hominización, la ontogénesis del sujeto, el desarrollo de la modernidad capitalista y el complejo carácter de la construcción de conocimiento de estos fenómenos.

Todas estas variantes realizaron aportaciones necesarias, brillantes, e históricamente pertinentes, al desarrollo del curso básico de Ciencias Sociales. Pero, dado que el gran asunto del homo sapiens en este momento histórico es el restablecimiento de una relación armónica con el medioambiente, es menester para los profesores de este departamento enfrentarse a esa gran cuestión y desarrollar un curso que esté a tono con los tiempos.

Ante esto, es imprescindible reflexionar sobre algunos de los fundamentos a partir de los cuales reorganizaríamos el curso de Introducción a las Ciencias Sociales. Entre las bases epistemológicas para el imprescindible pensamiento necesario están las conceptualizaciones de Edgar Morin sobre los paradigmas de simplicidad y complejidad,

una revisión crítica del pensamiento ecológico contemporáneo (Murray Bookchin) y del materialismo histórico (John Bellamy Foster) y un rescate de las sabidurías pre-modernas y no-occidentales. Sobre esto último destacan varias premisas de las cosmovisiones indoamericanas, como el holismo integrador humano-universo y la concepción animista de la naturaleza, según expuestas por Jordan.

A partir de lo anterior, podemos establecer algunos conceptos clave que pudieran convertirse en áreas temáticas básicas del curso. Estos son: (1) la concepción del conocimiento, específicamente del conocimiento científico, y la relación de esta epistemología con la relación humano-naturaleza; (2) las relaciones entre tecnología y ciencia, tecnología y economía (en el sentido del sesgo morfogénico de las tecnologías), tecnología y organización social y entre tecnología y concepción de la naturaleza; (3) la relación entre trabajo-distribución-consumo y la concepción de y la relación con la naturaleza y la pregunta sobre las cualidades fundamentales que debiera tener un sistema socioeconómico para ser ecológicamente sustentable; (4) la relación entre los tipos de relaciones de poder y nuestro modo de interacción con la naturaleza y las posibilidades de implantar otro modo de interacción con nuestro entorno; (5) la relación entre la sexualidad y las relaciones de género con nuestra concepción de la naturaleza y el cuerpo; (6) la dimensión subjetiva como resultante de la experiencia social del individuo, quien es a su vez factor activo en estos múltiples procesos y puede funcionar como agente de cambio social; (7) la religiosidad y la espiritualidad como asunto antropológicamente central en la historia del homo sapiens, tanto en un examen de las limitaciones de las espiritualidades establecidas como de alternativas posibles y necesarias.

Cada uno de los asuntos antes mencionados merece ser examinado reconociendo (1) la diversidad cultural de la especie humana, (2) la historicidad de los sistemas de relaciones sociales y de las cosmovisiones que le son inmanentes y (3) la necesidad de realizar un especial énfasis en la formación social capitalista contemporánea.